

sultaba ya difícil el descansar tranquilo durante la noche. Perdió el interés que le causarían los alimentos, y así fue adquiriendo, a modo de distracción, el hábito de trepar zigzagando por las paredes y el techo. En especial, gozaba colgándose suspendido del techo; era mucho mejor que estar echado en el suelo, y allí se respiraba más libremente y el cuerpo se bamboleaba y mecía con ligereza. Mas ocurrió que Gregorio, en el casi feliz ensimismamiento a que le llevó la suspensión, y para su gran sorpresa, se desprendió del techo y fue a estrellarse contra el suelo. Pero ahora él tenía mucho mayor control sobre su cuerpo que anteriormente, y a pesar del ímpetu del golpe no se lastimó.

La hermana notó de inmediato la nueva distracción de Gregorio —seguramente que él dejaba al trepar, acá y allá, rastros de babilla—, y se le ocurrió la idea de proporcionar le un campo lo más amplio posible para que trepara, a cuyo efecto pensó en retirar los muebles que estorbaban, y, sobre todo, el baúl y el escritorio. Pero esto no lo podía hacer ella sola; tampoco se atrevía a pedir al padre que la ayudara; y con respecto a la criada, una joven de dieciséis años que había tenido el valor de quedarse luego de que se marchó la cocinera, no se podía contar con ella, porque había solicitado como especial favor, que se le permitiera tener siempre cerrada la puerta de la cocina y no abrirla sino cuando la llamasen. Por consiguiente, sólo quedaba recurrir a la madre en las horas en que el padre estaba ausente. La anciana señora acudió gritando de contenta. Pero enmudeció en la misma puerta del cuarto. Como es lógico, primero se aseguró la hermana de que todo estaba en orden, y sólo entonces la dejó entrar. Gregorio se había apurado en bajar la sábana más que lo acostumbra, de modo que formara abundantes pliegues, y daba la sensación de haber sido tirada allí accidentalmente. Esta vez no quiso atisbar por debajo del sofá; renunció al placer de ver a su madre en esta ocasión, y se puso muy contento sólo porque ésta, al fin, hubiera venido.

—Pasa, que no se le ve —dijo la hermana, que era obvio que llevaba a la madre de la mano.

Y Gregorio sintió cómo las dos frágiles mujeres se esforzaban por mover de su lugar el viejo y muy pesado baúl, y cómo su hermana, siempre animosa, tomaba sobre sí la mayor parte

del trabajo, sin escuchar las advertencias de la madre, que temía que se fatigara más de la cuenta. La operación llevó mucho tiempo; después de un cuarto de hora, la madre objetó que sería mejor dejar el baúl donde estaba; en primer término porque era muy pesado y no terminarían antes de que el padre regresara a casa, y porque estando el baúl en medio de la habitación, obstaculizaría el paso a Gregorio, y, en segundo lugar, porque no había seguridad de que moviendo los muebles se ayudara en nada a Gregorio. Ella se inclinaba a pensar que debía de ser todo lo contrario. La vista de las paredes desnudas le oprimía su propio corazón. ¿Por qué no podría sentir Gregorio lo mismo, desde el momento que tuvo siempre costumbre de ver los muebles de su cuarto? ¿Quién podría asegurar que no se sentiría como desamparado en ese dormitorio vacío?

—¿Y no daría la impresión entonces —concluyó en voz baja, casi en susurro, como de hecho habló todo el tiempo, como si quisiera evitar a Gregorio, que no sabía el lugar preciso dónde se hallaba, hasta oír el sonido de su voz, porque estaba creída de que no comprendía las palabras—, no parecía —pues que, al sacar los muebles, indicáramos que nos negábamos a toda esperanza de alivio y que lo dejábamos abandonado a su suerte? Yo pienso que lo mejor sería dejar el cuarto tal y como estaba, con el fin de que Gregorio, cuando regrese entre nosotros, lo halle todo como siempre y ésto le facilite el olvido de este paréntesis tan doloroso.

Al escuchar ésto de su madre se dio cuenta Gregorio de que el no hablar con la gente durante esos dos meses, sumado a la monotonía de la existencia que llevaba entre los suyos le había originado una confusión de ideas, pues, de otra manera, no podía explicarse por qué él prefería ver su habitación vacía de muebles.

¿Es que él realmente quería que su cálida habitación, confortable y arreglada con antiguos muebles de familia, se transformara en un desierto en el cual hubiera podido, sin duda, trepar en todas las direcciones sin ningún impedimento, pero a riesgo de caer, simultáneamente, en el olvido de su pasada condición humana?

Y él se encontraba ahora tan cerca de llegar a ese olvido, que sólo la voz de la madre, no escuchada desde hacía ya tanto tiempo, lo había evitado. No, era mejor no sacar nada del cuarto; todo debía quedar donde estaba, no era posible prescindir de la bienhechora influencia que los muebles ejercían sobre su estado de ánimo, incluso aunque le impidieran ir de un lado a otro libremente; esto no era un inconveniente sino más bien una ventaja.

Por desdicha, la hermana no pensaba lo mismo, y, como se había acostumbrado —y no sin razón— a considerarse más conoedora que sus padres de todo lo que a su hermano competía, bastó que escuchara el consejo de la madre para que ahora insistiera, y agregara, además, que no sólo debían retirarse de allí el baúl y la mesa, en los que únicamente había pensado en un principio, sino también todos los otros muebles, con excepción, claro está, del sofá que era allí indispensable.

Este empeño, naturalmente, no era sólo producto de su recalcitrante tozudez infantil y de aquella confianza en sí misma que recientemente había adquirido tan de improviso y a tal costo: es que también había notado que Gregorio, aparte de precisar gran espacio para arrastrarse y trepar, no usaba los muebles para nada. Otro factor que quizá la impulsara, fuera ese entusiasmo propio de las muchachas de su edad, ansioso siempre de una ocasión que le permitiese ejercitarse, que la hizo dejarse llevar por el deseo de exagerar lo horroroso de la situación de Gregorio, a fin de poderlo ayudar en forma aún más amplia que hasta ahora. Y es que en un cuarto en que el hermano apareciese totalmente sólo entre las cuatro paredes desnudas, seguramente que nadie sino ella se atrevería a poner los pies.

En fin, no pudo la madre hacerla desistir de sus propósitos, y como ésta se sentía muy incómoda en la habitación no tardó en callarse y en ayudar a Grete, con todas sus fuerzas, a sacar el baúl. Ahora bien, de ser necesario, Gregorio podría prescindir del arca, pero el escritorio tenían que dejarlo allí. Tan pronto como las dos mujeres salieron del cuarto llevándose el baúl, al que empujaban entre gemidos, sacó Gregorio la cabeza de debajo del sofá para ver cómo podría intervenir con el máximo de provecho y tomando todas las precauciones po-

sibles. Con tan mala suerte, que su madre fue la primera en volver, mientras Grete, en la habitación contigua, seguía aferrada al cofre, intentando, sin éxito, moverlo del lugar. La madre no estaba habituada a la vista de Gregorio, y quizá pudiera enfermarse al contemplarlo; alarmado por eso, Gregorio retrocedió a toda velocidad hasta el otro extremo del sofá; sin embargo no pudo evitar que la sábana que le escondía se moviera un poco, lo cual fue suficiente para llamar la atención de la madre. Esta se detuvo bruscamente, quedó un instante en suspenso, y regresó donde Grete.

A pesar de que Gregorio se tranquilizaba diciéndose que no ocurría nada anormal y que sólo se cambiaban de lugar algunos muebles, pronto tuvo que admitir que todo aquel ir y venir de las mujeres, las exclamaciones que hacían, el rayar de los muebles en el piso, le causaban el efecto de que en torno suyo reinaba una gran conmoción; y encogiéndose lo más que pudo la cabeza y las piernas y aplastando el vientre contra el suelo, se vio obligado a confesar que no podría soportarlo por mucho tiempo más.

Le dejaban el cuarto vacío, le quitaban todo lo que él quería: ya le habían llevado el baúl donde guardaba la sierra y las otras herramientas; ya movían el escritorio, tan sólidamente empotrado en el suelo; era el escritorio en el que había hecho en casa las tareas que le señalaban cuando iba a la Academia de Comercio y cuando cursaba Humanidades. Sí, no tenía ya tiempo que perder sopesando las buenas intenciones de las dos mujeres, cuya existencia casi había olvidado ahora porque, rendidas de cansancio, trabajaban en silencio, y sólo se oía el pesado arrastrar de sus pasos.

Y así, él se precipitó fuera de su escondite —las mujeres estaban en ese preciso instante en la habitación contigua recostadas sobre el escritorio dándose un respiro— y cambió hasta cuatro veces la dirección de su marcha, pues no sabía realmente hacia dónde acudir primero. En esto le llamó la atención, en la pared ya desmantelada, el retrato de la dama envuelta en pieles. Trepó rápidamente hasta allí, y aferróse al cristal, que tenía una buena superficie para asirse y que calmó el ardor de su vientre. Por lo menos este cuadro que él tapaba ahora totalmente no lo movería nadie.

Y giró su cabeza en dirección a la puerta de la sala de espera, para poder atisbar a las mujeres en cuanto éstas regresaran.

Lo cierto es que éstas no se permitieron mucho descanso, y ya venían de nuevo. Grete rodeando a la madre con el brazo, casi sosteniéndola.

—Bien, ¿qué nos llevamos ahora? —dijo Grete mirando a su alrededor. En esto, sus miradas se encontraron con las de Gregorio, pegado a la pared. Grete logró dominarse, presumiblemente en consideración a su madre; inclinóse hacia ésta para evitar que viera lo que había alrededor suyo, y en seguida con voz alterada, le dijo:

—Ven, ¿no crees que sería mejor que regresáramos por un momento a la estancia? Gregorio adivinaba perfectamente las intenciones de Grete: quería poner a salvo a la madre, y, después, echarlo abajo de la pared. Bien, ¡qué tratara de hacerlo! El seguía asido de su cuadro y no cedería. Prefería saltarle a Grete a la cara. Pero las palabras de ésta sólo habían conseguido inquietar a la madre. Esta se hizo a un lado, percibió aquella mancha oscura sobre el rameado papel de la pared, y antes de poder percatarse de que aquello que veía era Gregorio, gritó con voz bronca, estentórea:

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! —Y cayó en el sofá, con los brazos abiertos, como si rindiera el último suspiro, quedando inmóvil.

—¡Cuidado, Gregorio! —le gritó la hermana con el puño en alto y mirada enérgica.

Estas eran las primeras palabras que ella le dirigía directamente después de su metamorfosis. Corrió al cuarto vecino, en busca de alguna esencia aromática con la que reanimar a la madre de su desvanecimiento. Gregorio hubiera deseado ayudarla —para salvar la litografía aún quedaba tiempo—, pero se encontraba pegado al cristal, y tuvo que desprenderse de él violentamente. Después de esto corrió tras de su hermana a la habitación contigua, como si pudiese aconsejarla, igual que lo hacía en otro tiempo. Pero tuvo que contentarse con quedarse quieto detrás de ella.

Entre tanto, Grete buscaba entre un sinnúmero de frascos, y al darse vuelta, al ver al hermano se asustó y se le cayó al suelo una botella que se rompió; un pedazo de vidrio hirió a Gregorio en la cara, salpicándosela de un líquido corrosivo. Pero Grete, sin detenerse un momento, cogió todos los frascos que pudo llevar y se apresuró con ellos a donde estaba la madre, cerrando tras sí la puerta con el pie. Gregorio se encontraba ahora totalmente separado de su madre, la cual, por culpa suya, quizá se hallaba en trance de muerte. ¡Y él no se atrevía a abrir la puerta por temor de ahuyentar de allí a su hermana, quien debía permanecer junto a su madre!; no había nada que hacer, pues, sino esperar. Y, lleno de arrepentimiento y de intranquilidad comenzó a trepar por paredes, muebles y techo y, al fin, cuando se mareó y todo le daba vueltas, se tiró desesperado encima de la gran mesa.

Así pasaron unos minutos. Gregorio estaba agotado; en su alrededor todo era silencio, lo que quizá era indicio de buen augurio. Entonces sonó el timbre. La criada, como de costumbre, estaba encerrada en su cocina, y Grete tuvo que abrir la puerta. Era el padre.

—¿Qué ha pasado? —fueron sus primeras palabras. La cara de Grete le debió explicar todo. Grete, ocultando su rostro en el pecho del padre, le dijo con voz entrecortada:

—Mamá se desmayó, pero ahora está mejor. Gregorio anduvo suelto.

—Lo supuse —contestó el padre—. Es precisamente lo que os he estado advirtiendo, pero ustedes, las mujeres, nunca hacen caso. Para Gregorio estaba claro que su padre daba a las breves palabras de Grete la peor interpretación, y que presumía que Gregorio resultaba culpable de algún acto violento. Era preciso, en consecuencia, calmarlo, ya que no disponía ni de tiempo ni de medios para darle una explicación. Se llegó a la puerta de su cuarto, apretujándose contra ella, con el fin de que el padre, tan pronto viniera del vestíbulo se diera cuenta de que Gregorio tenía la buena intención de regresar de inmediato a su habitación, y de que ni siquiera había que empujarlo hacia adentro, sino que era suficiente con abrirle la puerta para que desapareciera en

seguida.

Sin embargo el padre no estaba en condición de advertir tan finas sutilezas.

—¡Ay! —gritó al entrar, con voz entre furibunda y alborozado. Gregorio retiró su cabeza de la puerta y la levantó para mirar a su padre.

Realmente éste no era el padre que él se había imaginado. Claro que últimamente había estado demasiado absorbido en su nueva distracción de trepar por el techo para poderse tomar el interés de antes en lo que pasara en algún lugar del suelo y, en verdad, debía prepararse para percibir algunos cambios. Y no obstante, ¿era ese señor verdaderamente su progenitor? ¿Era éste el mismo hombre que en otros tiempos, cuando Gregorio emprendía un viaje de negocios, solía quedar, fatigado, en la cama? ¿Era ese el mismo hombre que al volver a casa le recibía en bata, arrellanado en su butaca, y que al no poder levantarse levantaba los brazos a modo de saludo? ¿Ese mismo hombre que, en las raras ocasiones en que salía con su familia, uno o dos domingos al año o en las grandes festividades, paseaba entre Gregorio y la madre; el hombre de paso ya lento pero que en aquellas oportunidades acertábase aún más; que iba enfundado en su viejo gabán, -- afirmándose con cuidado en su bastón, y que acostumbraba detenerse cada vez que deseaba decir algo, obligándonos a todos los que le acompañábamos a rodearlo?

Mas ahora se mostraba gallardo, vestido de riguroso uniforme azul con botones dorados, semejante a los que usan los ordenanzas de los bancos. Sobre el cuello de su levita, rígido alto, caía la papada; bajo las espesas cejas, sus ojos negros, despedían una mirada clara y fresca, y el cabello blanco, antes despeinado siempre, ahora brillaba con su raya en medio, cuidadosamente trazada.

Tiró la gorra que mostraba unas iniciales doradas —seguramente el distintivo de algún Banco— y la gorra, dibujando un círculo, cruzó la habitación y le fue a caer sobre el sofá; y con los faldones de la levita hacia atrás y las manos en los bolsillos del pantalón, avanzó hacia Gregorio con

gesto torvo. Lo más probable es que ni él mismo sabía qué era lo que iba a hacer; pero alzó los pies a una altura increíble, y Gregorio se sorprendió de las inmensas medidas de las suelas de sus zapatos. Pero Gregorio no podía arriesgar se a hacerle frente porque estaba seguro, desde el comienzo de su nueva vida, que al padre se le hacía poca la mayor severidad para tratar a su hijo. Corrió entonces vertiginosamente por delante del autor de sus días, parándose cuando éste lo hacía y saliendo de estampida en cuanto lo veía moverse. De este modo dieron varias veces vuelta a la habitación, sin que ocurriera nada decisivo; y es más, se producían tales pausas que no daba la impresión de tratarse de una persecución. Por esto, no quiso Gregorio separarse del suelo porque temía que el padre tomara su excursión por las paredes o por el techo como una maldad singular. De todos modos él no podía mantener esas carreras durante mucho tiempo, porque mientras su padre daba un paso, él tenía que hacer toda una serie de movimientos. Comenzaba a respirar con dificultad, cosa no de extrañar, pues en su condición anterior tampoco podía alcanzar mucho de sus pulmones.

Se bamboleó, tratando de concentrar todas sus energías en la huida, manteniendo con gran esfuerzo los ojos abiertos; en su apuro, no se le ocurría otra forma de salvarse que no fuera la de correr y correr, y ya casi había olvidado que tenía las paredes libres, aunque en este cuarto se veían llenas de muebles con muchos tallados que presentaban serio peligro por sus ángulos y sus picos.

De pronto, algo que voló con ligereza cayó tras él y siguió rodando hacia adelante: era una manzana, a la que de inmediato siguió otra. Gregorio, se detuvo alarmado; para nada servía continuar corriendo, pues el padre había decidido bombardearle. Se había llenado los bolsillos con todo lo que había en el frutero puesto sobre el aparador, y le tiraba una manzana tras otra, aunque, todavía, sin conseguir acertarle.

Las apetitosas y sonrosadas manzanitas daban por el suelo, como inmantadas, haciendo carambola entre sí. Una de las manzanas, arrojada con mejor puntería, pero sin mucha fuerza, pasó a rozar la espalda de Gregorio, más resbaló sobre ella sin hacerle daño. Pero, la que siguió de inmediato

hizo un blanco perfecto, y, a pesar de que Gregorio quiso escapar, como si al cambiar de lugar el terrible dolor pudiera aplacársele, no pudo, pues se sentía clavado en el lugar, y ahí quedó, desbaratado, sin conciencia de nada.

Su última mirada consciente vio abrirse la puerta de su habitación, y a su madre corriendo en camisa —pues Grete la había desvestido para hacerla volver de su desmayo— delante de la hermana y gritando; y vio que luego la madre, abalanzándose hacia el padre, dejaba en el camino, una tras otra, esas prendas íntimas de las mujeres, que llevaba sueltas; y que por último, luego de tropezar con éstas, llegaba junto al padre, y se abrazaba con fuerza a él... —aquí la vista de Gregorio comenzaba a fallarle—, y cruzándole con sus manos la nuca le rogaba que perdonara la vida al hijo.

La peligrosa herida, que tardó más de un mes en sanar —como no se aventuraron a removerla, la manzana siguió incrustada en su cuerpo en recuerdo visible de lo acaecido—, pareció rememorar, incluso al padre, que Gregorio a pesar de su aspecto actual, desgraciado y repulsivo, continuaba siendo miembro de la familia al que no correspondía tratar como a un enemigo, sino que por el contrario, era primordial deber de familia dejar a un lado la repulsión y tener paciencia. No cabía más que resignarse.

En cuanto a Gregorio, a causa de la herida había perdido, quizá definitivamente, la facilidad de movimiento, y no obstante que ahora necesitaba, como un anciano inválido, muchos y largos minutos para atravesar su cuarto —y ni soñar en subir por las paredes— se vio suficientemente compensado en el empeoramiento de su condición, por el hecho de que al anochecer se abría la puerta de la sala de estar —la que acostumbraba a mirar de hito en hito desde una o dos horas antes—, de modo que, tumbado en su habitación, en la oscuridad, invisible para la familia, podía ver a todos a la luz de la lámpara, alrededor de la mesa, y oír su charla que evidentemente ya era de un tono diferente a cuanto escuchaba detrás de la puerta. Es verdad que no eran ni remotamente parecidas a las de otros tiempos; aquellas tan alegres y animadas que tanto echaba de ver Gregorio en las pequeñas habitaciones de las hospederías donde se alojaba, y que añoraba siempre al meterse, agotado, entre las húmedas sábanas de la cama extraña. Ahora por lo general, las veladas eran muy calladas. Acabando de cenar, se quedaba dormido el padre en la butaca, en tanto que la madre y la hermana se aconsejaban una a la otra silenciosamente. Su madre, encorvada cerca de la luz, cosía ropa blanca de calidad para una tienda, y la hermana, que había entrado